


**JUAN VILLORO**

Las mejores historias dependen de la realidad, pero no de conocerla, sino de equivocarse ante ella.

## Pollo espectral

Ya en otras ocasiones he comentado que mi amigo Frank ejerce las molestias de la precisión. Es el implacable juez de nuestra generación. Los antiguos condiscipulos lo consultamos con temor reverencial. Emite dictámenes con la severidad de quien desprecia a los seres sin orgullo ni carácter que buscan que un 5.7 se convierta en un compasivo 6.

El otro día lo acompañé a una Farmacia del Ahorro. En la caja le preguntaron si deseaba “redondear” su pago en favor de una causa altruista. “Nunca he redondeado nada”, contestó con vehemencia, ratificando su convicción de no alterar los resultados.

Con los años, visitar a Frank se ha convertido en algo semejante a ir al dentista. Valoramos tanto su doloroso servicio que tratamos de aplazarlo.

Hace unos seis meses hablamos de la forma en que surgen las historias. “La vida está hecha de malentendidos”, dije entonces: “Las mejores tramas dependen de la realidad, pero no de conocerla, sino de equivocarte ante ella”. Puse un ejemplo que me pareció elocuente. En México, Malcolm Lowry quedó cautivado con el menú de una fonda, que ofrecía “Pollo Espectral de la Casa”. El autor de *Bajó el volcán* consideró estupendo estar en un país donde se comían guisos fantasmáticos, pidió otro mezcál y decidió quedarse. En realidad, el mensaje era otro: Lowry confundió la palabra “especial” con “espectral”. El misterio del guiso estaba en la interpretación del escritor.

Las historias suelen surgir de un error creativo, que mejora la realidad. Pero a veces no es necesario confundirse para alterar las cosas porque la realidad ya está alterada. El siguiente platillo en el menú era “Huevos Divorciados”, nombre fabuloso que no provenía de un equívoco, sino de la tradición, que se enraza por su cuenta. Un guiso imaginario hizo que Lowry deseara vivir en un país extraño y un guiso real le dio la razón.

Frank considera que no hay mayor estímulo intelectual que contradecir a las personas. Esta actitud es molesta pero pedagógica. El juez puso a prueba mis argumentos: “El que se basa en un malentendido para crear historias es esclavo de la realidad; por disparatado que sea, el malentendido depende de la verdad que distorsiona. ¿Sabías que en Casablanca no había aeropuerto?”

La mejor escena del cine se hizo sobre una base irreal! A ver si aprendes”, agregó con una suavidad que perfeccionaba su ofensa.

Su capacidad para refutar es inaudita. Vi a Ingrid Bergman y Humphrey Bogart en una planicie sin aeropuerto y no supe qué decir.

Esa noche entré a Google y supe que Frank había mentido. Le hablé a las dos de la mañana, hora perfecta para decir: “¡Si había aeropuerto en Casablanca!”. “¿Lo ves?”, contestó, como si le diera la razón: “Eres un fanático de la realidad! No soportarías que la película no se ubicara en un lugar concreto. A lo más que llegas es a que un ‘pollo especial’ se convierta en ‘pollo espectral’. Nunca imaginarás un ‘olímpico cine de nieve’, como Darío”. “Lo del pollo le pasó a Lowry, no a mí!”. “Pero tú lo convertirte en teoría estética: sal de esa fonda, Flaco”.

Aunque la última palabra era cariñosa, no le hablé en meses. Fue él quien llamó para decir: “Los pollos se mezclaron. Ven a la casa”.

Nos encontramos en lo que durante un tiempo fue un squash de alquiler y ahora es un criadero de animales. Alguna vez lo acompañé a llevar cien canarios a la sección de animales de Liverpool. Una de las cajas donde los transportábamos se abrió y mi Volkswagen se convirtió en un pandemonio amarillo.

En esta ocasión, otro color llamó mi atención. Los canarios tenían manchas anaranjadas. Parecían extrañas mascotas del Atlético Morelia. Frank explicó la causa, no menos rara: “Son de una variedad que pasa del amarillo al naranja si come zanahorias, pero los canarios se quedaron a medias; creo que me vendieron la especie equivocada”. “O las zanahorias equivocadas”, aporté. “Tal vez”, reconoció: “Las zanahorias orgánicas son carísimas. Estas deben ser transgénicas; las de antes tenían el color de los vagones del metro”, me mostró una pálida zanahoria y agregó para mi sorpresa: “Estos canarios se parecen a la literatura. ¡Mis jaulas están llenas de malentendidos! Son como el ‘Pollo Espectral’ y los ‘Huevos Divorciados’ de Malcolm Lowry”. Frank había cambiado de postura: “No hay modo de escapar a la realidad, lo más que podemos hacer es confundirla”.

Sentí que me daba la razón, pero como siempre, se salió con la suya. Sacó un canario de la jaula, lo acercó a mi cara y dijo: “Mis malentendidos cantan mejor que los tuyos”.



COLABORADOR INVITADO  
**VÍCTOR MANUEL COLLÍ EK**

Es necesario encontrar el camino para salvaguardar la privacidad al tiempo que la autoridad garantiza la seguridad.

## Dignificar la privacidad

En este mundo del “Fapping” y la era post-Snowden, la convergencia entre privacidad y desarrollo tecnológico es de singular interés. Se puede prácticamente oler en el aire cómo está en entredicho que tenemos este derecho a una vida privada.

El hecho de que los piratas informáticos de moda, los autores del “Celebgate”, hayan infiltrado las cuentas de iCloud y dado a la vista del mundo las fotos íntimas de las más sonadas celebridades femeninas del mundo actual azuza las discusiones de la intromisión a la privacidad por parte del Estado y los particulares, pone en la mesa la gran interrogante sobre nuestro derecho, y cuánto tenemos o nos queda de ello.

Hace unos días se describía que el iPhone 6 traía una encriptación, con un algoritmo tan complejo, que ponía el control absoluto del mismo en el usuario, eliminando cualquier intervención gubernamental, por el motivo que fuere.

A lo anterior, prosiguió la crítica del director del FBI, James Comey, a esta política de Apple: “Lo que me preocupa es que las compañías están expresamente publicitando algo que permite a las personas mantenerse más allá de la ley”, expresaría.

Sin duda todo esto lleva a un nivel novedoso la colusión privacidad-seguridad. El derecho o la libertad que tenemos los ciudadanos para

mantener un margen de privacidad frente al poder estatal o a los demás.

Parecería que nos referimos a algo no tan novedoso, claro, pero lo peligroso es la pretendida aniquilación de la existencia de ese margen de privacidad, o sea, la anulación de la posibilidad de no ser intervenidos. En voz de la autoridad, es axiomática la existencia de una puerta trasera para infiltrar la privacidad. ¿A dónde lleva este discurso?

Afortunadamente, para defender la posición opuesta, este año, la Corte Suprema de EU resolvió un asunto sobre la potencial invasión a los contenidos de los celulares y el presidente de la Corte, el Juez Roberts, usaría dos afirmaciones interesantes para definir la cuestión. En la primera señala que imaginemos que un marciano visita la tierra, con las condiciones actuales casi podría afirmar que los celulares son parte de la anatomía humana. En la segunda diría: “El celular promedio tiene instaladas 33 aplicaciones, que juntas pueden formar un montaje revelador de la vida del usuario”.

La pregunta es, con un instrumento tan apegado a las personas, ¿esta nueva anatomía tecnológica y montaje vital debe estar siempre abierta para su invasión, análisis, observación, o pretexto de combatir la criminalidad?

La respuesta promedio entiende dos soluciones: sí, para garantizar la seguridad, o no, para garantizar la privacidad. ¿Pero son las únicas?

Una discusión reciente en el *New York Times*, en su afamada columna *Room for Debate*, ofrece una perspectiva interesante que amplía el espectro de respuesta.

El tema no es biangular. Es posible encontrar otras salidas. Las autoridades pueden tener acceso a e-mails, cuentas bancarias, fotografías, mensajes de texto, por otros medios, la nube por ejemplo, torres celulares, lectores de matrículas, etcétera; pero, y esto es trascendental, siempre con la autorización de un Juez; o sea hay más medios, menos invasión, más legitimidad, pero sobre todo, observación de un mecanismo regulador, un tercer partido imparcial.

La encriptación de celulares inhibe cierta información para las autoridades, lo cual no es inusual, diría la profesora Faiza Patel de la NYU, un traficante de drogas puede deshacerse de su mercancía en los excusados, al escuchar a la policía en la puerta, pero no existe una prohibición de bajar la palanca para que caiga el agua.

El tema es perenne, pero ante nuevos elementos, deben darse nuevas soluciones tendentes a salvaguardar la esfera de privacidad, que deje a la autoridad trabajar, siempre vigilada, respetuosa de la libertad y dignidad de los ciudadanos.

El autor es investigador de la Universidad Autónoma de Campeche.



DE POLÍTICA  
Y COSAS PEORES  
**CATÓN**  
afacaton@yahoo.com.mx

Narró una gallina: “Cuando vi al coyote se me puso la carne de gente”...

MIRADOR

**ARMANDO FUENTES AGUIRRE**

## Lleno de amor

Dos maduras señoritas solteras, Himenia Camafría y Celiberia Sinvarón, fueron a pasar sus vacaciones en un hotel de playa. Sentado al lado de la alberca vieron a un caballero muy interesante. Peinaba canas, y ya se sabe que las canas confieren a los hombres un aspecto irresistible. A pesar de eso el individuo estaba solo. Himenia, después de conferenciar con su amiguita, fue hacia el susodicho y le preguntó con un mohín de coquetería: “¿Por qué tan solo?” “¿Cómo no voy a estar solo? –respondió, hosco, el sujeto–. Acabo de salir de una prisión donde pasé 20 años”. Inquirió Himenia: “¿Por qué estuvo en la cárcel?” Dijo el otro: “Asesiné a mis tres esposas. A la primera la estrangulé, a la segunda le di un hachazo en la cabeza y a la tercera le aseté 40 puñaladas”. Al oír eso la señorita Himenia llamó a su amiguita Celiberia: “¡Yuju, Celi! –le gritó–. ¡Buenas noticias! ¡Es soltero!”... El menor de mis hijos se llama *Plaza de almas*. Es el más reciente de mis libros, quizá el último. Cada libro es para su autor igual que un hijo. Yo estoy de cuerpo y espíritu en sus páginas. En ellas puse todo lo que he podido aprender acerca de los tres grandes temas de todas las literaturas: la vida, la muerte y el amor. Ahí están los artículos que en esta sección he publicado con el mismo nombre: *Plaza de almas*, pero la gran mayoría de los textos no han aparecido

en forma de libro. En ellos hablo de la gente común, la que no tiene nombre, cuya vida es más apasionante que la de muchos personajes que han alcanzado fama y que no tienen sin embargo la hondura de la gente que pasa por esa Plaza de almas, llena de humanidad, llena de historias. Algunos de esos textos son dramáticos, incluso trágicos; otros son hilarantes, cómicos. En todos, sin embargo, está el amor como tema principal. Si uno llega al final de los años sin haber aprendido esa lección suprema, la del amor, su vida habrá sido desperdicio. Y este libro, *Plaza de almas*, está lleno de amor. Mis editores de Diana, de Planeta, me dijeron que se habían sorprendido al encontrar en mi escritura una faceta que no conocían: la del cuentista. En efecto, narro cosas que nunca antes había relatado, “con un sentido profundo de la vida –también así me lo dijeron–, pero sin perder nunca ese matiz de humor, y aun de ternura, que es parte inseparable del estilo del autor”. Presentaré este hijo, *Plaza de almas*, el próximo domingo –o sea pasado mañana– en la Feria Internacional del Libro en Monterrey. La presentación será a las 12 horas, en la sala C de Cintermex. Ahí diré cómo escribí *Plaza de almas*; contaré sus historias; narraré anécdotas de mi vida y de otras vidas que han estado en la mía y que estarán por siempre. Espero verte a ti, que eres uno de mis cuatro

lectores. Si así lo quieres firmaré tu libro, nos retrataremos juntos, y coincidiremos en el común amor que sentimos por los libros, donde está nuestra vida, y por la vida, que no sería plena si no estuvieran en ella nuestros libros... El patrullero vio un automóvil que iba por la carretera a no más de 20 kilómetros por hora. Un vehículo que va así es igualmente peligroso que otro que va con exceso de velocidad. El oficial hizo que el coche se detuviera. La conductora era una ancianita a quien acompañaban otras cuatro viejecitas. Las cuatro se veían pálidas y temblorosas, no así la que iba al volante. Esta le preguntó al agente: “¿Iba yo manejando muy aprisa?” Respondió el hombre: “Al contrario. Va usted muy despacio, y eso es un peligro para los demás conductores”. Replicó ella: “Iba a la velocidad que marcan las señales: 20 kilómetros por hora”. El patrullero le hizo saber que las señales no indicaban la velocidad: eran el número de la carretera por donde iban. “Y dígame –le preguntó a la ancianita–. ¿Por qué sus compañeras se ven tan asustadas?” “No lo sé –respondió la viejecita–. Así se pusieron desde la carretera 240”... En la estufa dos huevitos de gallina se estaban cocinando dentro de una olla con agua. Le dijo uno al otro: “Mira: tengo una rajadita”. “Ni me la enseñes –replicó el otro–. Todavía no estoy duro”. (No le entendí)... FIN.

Liberata se llamaba la madre de mi madre. Hermoso nombre es ése, ya en desuso.

Mamá Lata era una señora de grande genio e ingenio. Daba buenos consejos a sus hijos en trance de buscar esposa. Les decía: “La mujer por lo que valga, no por la nalga”. Una de sus nietas, bajita de cuerpo, menudita, iba a casarse con un muchacho de casi dos metros de estatura. La mamá de la novia se mostraba inquieta por esa diferencia. “No te preocupes –la tranquilizó mamá Lata–. Con que los centros se junten, aunque los holanes cuelguen”.

A los matrimonios jóvenes les hacía una recomendación. “Tú –le decía a ella– fingete un poco ciega”. “Y tú –le decía a él– fingete un poco sordo”.

Cierto día –tendría yo 4 años– mamá Lata me leyó el catecismo de Ripalda: “Dios está en los cielos, en la tierra y en todo lugar”. Le pregunté: “¿También en el excusado?”. Se volvió hacia mi madre y le dijo: “Ten cuidado con este niño, Carmen. Piensa demasiado”.

Tenía razón: pensar demasiado no lleva nunca a nada bueno.

¡Hasta mañana!...